

## La nueva llamada a la santidad del Papa Francisco

DOMINGO NATAL ÁLVAREZ

**Resumen:** Con el Vaticano II, el Papa recuerda que la santidad es para todos: los grandes santos, las clases medias de salvación y el genio femenino de la santidad, frente al gnosticismo y pelagianismo o el falso intelectualismo y voluntarismo. El camino son las Bienaventuranzas, retrato de Cristo, identidad del cristiano y gran protocolo del juicio final (Mt 25,35-46). La santidad hoy es: Confianza y paciencia, alegría del Espíritu, audacia y fervor, oración, combate cristiano, comunidad, discernimiento: escucha de Dios, de los demás y de la realidad. La lógica del don y la cruz, y “darlo todo” con María que “vivió como nadie las Bienaventuranzas”.

**Palabras clave:** Santidad, gnosticismo, pelagianismo, Bienaventuranzas, paciencia, audacia, combate cristiano, comunidad, discernimiento, lógica del don, María.

**Abstract:** Together with Vatican II, the Pope recalls that holiness is for everyone: the great saints, the middle classes of salvation and the feminine genius of holiness, against the Gnosticism and Pelagianism or false intellectualism and voluntarism. The way is the Beatitudes, portrait of Christ, identity of the Christian and great protocol of the final judgment (Mt 25:35-46). Holiness today is: Trust and patience, joy of the Spirit, boldness and fervor, prayer, Christian combat, community, discernment: listening to God, to others and to the reality. The logic of the gift and the cross, and “give it all” to Mary who “lived the Beatitudes as nobody else”.

**Keywords:** Holiness, Gnosticism, Pelagianism, Beatitudes, patience, audacity, Christian combat, community, discernment, logic of the gift, Mary.

## I. La llamada a la santidad hoy

El Papa san Juan Pablo II dejó escrito en *La Vida Consagrada* (VC) que todos los cristianos “*deben sentir una profunda exigencia de conversión y santidad*”. Pero que “esta exigencia se refiere en primer lugar a la vida consagrada”. Y, que: “La Iglesia ha visto siempre en la profesión de los consejos evangélicos un camino privilegiado hacia la santidad” (VC 35), pues la Vida Religiosa tiene la misión de *mantener entre los bautizados la conciencia de los valores fundamentales del Evangelio* dando “un testimonio magnífico y extraordinario de que sin el espíritu de las Bienaventuranzas no se puede transformar este mundo y ofrecerlo a Dios” (LG 31): VC 33. Por su parte, las personas religiosas reciben el testimonio de los otros cristianos y la riqueza de sus carismas y su “adhesión al misterio de Cristo y de la Iglesia en sus múltiples dimensiones”: VC 33. Porque, si el religioso es “el hombre de las Bienaventuranzas”, según T. Merton y otros autores, las Bienaventuranzas: “Son como el carnet de identidad del cristiano” para el Papa Francisco: GE 63.

En efecto, en su exhortación apostólica *Gaudete et exultate* (GE), el Papa hace una nueva llamada a la santidad, pues, el Señor “nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una vida mediocre, aguada, licuada”: GE 1. El Papa no intenta dar aquí “un tratado sobre la santidad” sino hacer resonar hoy “la llamada a la santidad” y encarnarla hoy “con sus riesgos, desafíos y oportunidades”, pues: *el Señor nos eligió ‘para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor’* (Ef 1,4.).

La carta a los Hebreos nos recuerda que *una nube ingente de testigos* nos rodea y alienta en este camino (Heb12,1), de la comunión de los santos, comenzando por los de la propia casa y personas cercanas (2Tim1,5): GE 3-4. Porque, además de los santos que están en los altares, tenemos los familiares y las personas que perseveran en el amor a Dios y del prójimo, los santos “de la puerta de al lado”, que forman “la clase media de la santidad”, como dice el novelista católico Joseph Malègue<sup>1</sup>.

En fin, como dice la filósofa E. Stein, en la Iglesia Sta. Teresa Benedicta de la Cruz: “En la noche más oscura surgen los más grandes profe-

---

<sup>1</sup> Sobre este autor escribió, nuestro antiguo compañero y amigo, el periodista Agustín Remesal: *Joseph Malègue: el hombre hacia Dios*, en la revista *Casiciaco*, de nuestro Profesorio, en 1968, pp. 88-93, donde analiza la novela *Augustine* y la conversión hoy, que había sido tratada por, el futuro Prefecto de la Congregación de la Fe, Ch. Moeller, en su famosa obra: *Literatura del siglo XX y Cristianismo*, Madrid 1961, t. IIº.

tas y santos”, pero a quién agradecer “los acontecimientos decisivos de nuestra vida personal, es algo que solo sabremos el día en el que todo lo oculto será revelado”, pues: “La santidad es el rostro más bello de la Iglesia” y las religiones, por su testimonio de Dios y compromiso con el prójimo: GE 9.

Pero, sobre todo, lo que el Papa nos quiere recordar es “la llamada a la santidad que el Señor hace a cada uno de nosotros” en el: *Sed santos, porque yo soy santo* (Lev 11,45; 1Pe 1,16). El concilio Vaticano II nos recordó que esta llamada es para: “Todos los fieles, cristianos, de cualquier condición y estado” (LG 11): GE 10. Pero cada uno ha de seguir “su propio camino” como nos recuerda san Juan de la Cruz en su *Cántico Espiritual* (GE 11) y san Agustín en sus *Confesiones: alius sic alius sic ibat*. En este sentido, el Papa quiere destacar el “genio femenino” de la santidad que vemos en Sta. Hildegarda de Bingen, Catalina de Siena, Teresa de Ávila o Teresa de Lisieux. Pero también a las santas desconocidas que han sostenido con su testimonio a sus familias y comunidades: GE 12.

Porque, la santidad no está lejos de la vida ordinaria sino que se realiza tanto, en la vida consagrada y en los ministerios eclesiales, como en la familia, el trabajo y las relaciones humanas “luchando por el bien común” y no por “intereses personales”: GE 14. En la Iglesia de los santos y los pecadores, Dios nos hace un poco mejores pues nunca faltará ni el amor del Espíritu Santo ni los sacramentos ni “el testimonio de los santos, y una múltiple belleza que procede del amor del Señor”: GE 15. Éste crece con pequeños gestos como: no hablar “mal de nadie”, escuchar “con paciencia y afecto”, no rehuir al pobre, confiar en Dios y nuestra Madre en el dolor, y vivir la vida “de manera extraordinaria”. Así, al “amar como Cristo nos amó, Él comparte su propia vida resucitada con nosotros”: GE 16-18.

Cada cristiano tiene su “camino de santidad, porque *ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación* (1Ts 4,3)”. Y, cada creyente tiene su propia misión, que imita alguno de los aspectos de la vida de Cristo: orante, maestro, médico, pobre, casto y obediente, de modo que “podamos vivirlo en Él y Él lo viva en nosotros”. Así, Cristo se forma y crece en nosotros, como hizo en los santos, “con la fuerza del Espíritu”: GE 19-22. Por eso, cada uno debe ver su misión, bajo la acción del Espíritu para continuar la misión de Cristo, “siempre abierto a su acción sobrenatural que purifica e ilumina”. Así, se construye el “reino de amor, justicia y paz para todos”.

Por lo demás, no hay que contraponer oración y servicio sino que debemos “vivir la contemplación en medio de la acción” y santificarnos en el

trabajo “generoso de la propia misión” (GE 26), sin “relegar la entrega pastoral o el compromiso en el mundo a un lugar secundario, como si fueran ‘distracciones’ en el camino de la santificación y de la paz interior”, pues la vida “es misión” (Zubiri). Pero ésta debe identificarnos con Cristo, no para “aparecer y dominar”. Por eso, el Papa concluyó *Evangelii Gaudium* con la *espiritualidad de la misión*, *Laudato si’* con una *espiritualidad ecológica* y *Amoris Laetitia* con la *espiritualidad familiar*. Y pide no agobiarnos por las urgencias de las obras, y dejar espacios “donde resuene la voz de Dios”, en soledad viva, “sin absolutizar el tiempo libre”, para alimentar “las grandes motivaciones que nos impulsan a vivir a fondo las propias tareas”: GE 27-8.

El espíritu de santidad debe impregnar la soledad y el trabajo, “la intimidad” y “la tarea evangelizadora”, “bajo la mirada del Señor”. Pues la santidad no nos quita “fuerzas, vida o alegría” sino que nos pone en las manos de Dios, “Señor de todo ser humano”, y su infinita sabiduría. La santidad hace nuestra vida más fecunda para el mundo, como luz y sal de la tierra, y nos hace más humanos, felices y libres bajo la gracia, pues, “como decía León Bloy, en la vida la única tristeza es: “no ser santos”: GE 31-34.

## II.- Dos enemigos de la santidad: gnosticismo y pelagianismo

El gnosticismo y el pelagianismo son dos herejías que surgieron en “los primeros siglos cristianos”, pero que son de “alarmante actualidad”, pues muchos están seducidos por el “inmanentismo antropocéntrico disfrazado de verdad católica” que da lugar a “un elitismo narcisista y autoritario” que prescinde de Cristo. El *gnosticismo* se encierra “en el subjetivismo” y “la inmanencia de la propia razón o de sus sentimientos”, no acepta la encarnación de Dios y “prefieren un Dios sin Cristo, un Cristo sin Iglesia, una Iglesia sin pueblo”: GE 35-37. Reduce “la enseñanza de Jesús a una lógica fría y dura que busca dominarlo todo”, “el misterio de Dios y de su gracia” y “la vida de los demás”, sin aceptar su salvación: GE 39-40; 42.

De hecho, nadie tiene la verdad en exclusiva, y las diversas interpretaciones cristianas “ayudan a explicitar mejor el riquísimo tesoro de la Palabra”. Hemos de respetar el misterio de la Trinidad en comunión y la Encarnación de Dios para comprender mejor la vivencia cristiana “de nuestro pueblo, sus angustias, sus peleas, sus sueños, sus luchas y preocupaciones” que enriquecen nuestra fe, pues: “Sus preguntas nos ayudan a preguntarnos, sus cuestionamientos nos cuestionan”: GE 43-44. Ningún creyente puede creerse superior a los demás, ni querer ser un gurú que sabe

explicarlo todo, sino que debe mirar a todos con amor pues: “teología y santidad son un binomio inseparable”. La vivencia cristiana no es “un conjunto de elucubraciones”, que nos aleja del Evangelio, de la “oración y devoción”, dice san Francisco a san Antonio de Padua. E invita san Buenaventura a compartir la sabiduría, con misericordia, con los creyentes, pues: “hay una actividad que al unirse a la contemplación no la impide sino que la facilita, como las obras de misericordia y piedad”: GE 46.

En cuanto al *pelagianismo*, exalta la voluntad humana como el gnosticismo el entendimiento. Se olvida así que: *no todo depende del querer o del correr, sino de la misericordia de Dios* (Rm 9,16) y que *él nos amó primero* (1Jn 4,19). Estos pelagianos y semipelagianos, aunque hablan de la gracia, “en el fondo sólo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores” con su propio “estilo católico”. Por eso, no invitan con san Agustín a “hacer lo que puedas y a pedir lo que no puedas” ni quieren decirle al Señor: “*Dame lo que me pides y pídemelo lo que quieras*” (*Confess.* X, 29,40): GE 48-49. De este modo, al no reconocer los propios límites no se facilita la obra de la gracia ni “un camino sincero y real de crecimiento”: GE 50. Ni se captan “los pasos reales y posibles que el Señor nos pide en cada momento”, de “forma progresiva”, conforme a nuestra propia historia, de manera que Él mismo *nos moldee como un alfarero* (Is 29,16), con su luz y amor, para *habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida y gozar de la dulzura del Señor* (Sal 27,4).

Los Padres de la Iglesia como s. Agustín, s. Basilio o el Crisóstomo insisten en que no por las obras sino que el hombre *es justificado únicamente mediante la fe en Cristo*: GE 52. El II Sínodo de Orange insiste en que aún el querer ser buenos y santos es obra del “Espíritu Santo”. Lo mismo dice Trento y el catecismo de la Iglesia, pues: “Su amistad nos supera infinitamente, no puede ser comprada por nosotros con nuestras obras y solo puede ser un regalo de su iniciativa de amor”: GE 53-54. Así, los santos consideran sus obras “vacías” y “manchadas” dice Teresa de Lisieux.

Hoy, necesitamos reconocer todo en nuestra vida como don de Dios y de la libertad de la gracia, porque vivimos “en un mundo que cree tener algo por sí mismo, fruto de la propia originalidad o de su libertad”. Pero, sin la gracia de Dios y su caridad no somos ni podemos hacer ni crecer en nada. Hoy, los pelagianos insisten en las propias fuerzas y “la adoración de la voluntad humana y de la propia capacidad, que se traduce en una auto-complacencia egocéntrica y elitista privada del verdadero amor”: GE 55-57. Sus muestras son: no guiarse por el Espíritu, ni buscar la oveja perdida ni

las “inmensas multitudes sedientas de Cristo” sino: “la obsesión por la ley, la fascinación por mostrar conquistas sociales y políticas, la ostentación en el cuidado de la liturgia, de la doctrina y el prestigio de la Iglesia, la vanagloria ligada a la gestión de asuntos prácticos, el embeleso por la autoayuda y la realización autorreferencial”: GE 57.

Así, “la vida de la Iglesia se convierte en una pieza de museo o en una posesión de pocos. Esto ocurre cuando algunos grupos cristianos dan excesiva importancia al cumplimiento de determinadas normas propias, costumbres o estilos”. Estos someten la vida de la gracia a estructuras humanas que comienzan con “una intensa vida en el Espíritu, pero luego terminan fosilizados... o corruptos”: GE 58. Sin darse cuenta esclavizan el Evangelio, dejando pocos resquicios a la gracia. Pero, según santo Tomás, se precisa moderación “para no hacer pesada la vida a los fieles” que “convertiría nuestra religión en una esclavitud”: GE 59.

Para evitarlo, hay una jerarquía de virtudes, comenzando por las teologales como la caridad. Porque: *El que ama ha cumplido el resto de la ley... por eso la plenitud de la ley es el amor* (Rm 13,8-10)”. Así, muestra el rostro del Padre y del hermano, especialmente con los más indefensos y necesitados. Estos son nuestros valores: “El Señor y el prójimo. Estas dos riquezas no desaparecen”. Así, nos alejamos del gnosticismo y el pelagianismo que bloquean el camino de “la santidad”: GE 60-62.

### **III. A la luz del Maestro: El camino de santidad son las Bienaventuranzas**

Estas: “Son como el carnet de identidad del cristiano”, pues ellas dibujan “el rostro del Maestro, que estamos llamados a transparentar en nuestra vida cotidiana”: GE 63. La palabra *feliz* o *bienaventurado*, que las encabeza, es sinónimo de *santo*, pues “la persona que es fiel a Dios y vive su Palabra, alcanza, en la entrega de sí, la verdadera dicha”. Estas Bienaventuranzas contradicen el estilo mundano de vida y “solo podemos vivirlas” con el amor del Espíritu Santo, que nos libera de la debilidad, el egoísmo, la comodidad, el orgullo”: GE 64-65. Así, dice san Mateo 5,3-12:

– *Felices los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.* Aquí, se nos recuerda dónde ponemos nuestra seguridad y el tesoro de nuestra vida. En el corazón del pobre “puede entrar el Señor con su constante novedad”: GE 67-68. San Ignacio nos invita a la “santa indiferencia” para ser libres en el Señor. San Lucas invita a una vida austera y desprendida en favor de los más necesitados, para “configurarnos con Jesús, que

*siendo rico se hizo pobre por nosotros (2 Cor 8,9)*". Y: "Ser pobre en el corazón, esto es santidad", al tener a Dios por tesoro: GE 69-70.

– *Felices los mansos porque ellos heredarán la tierra*. En este mundo donde se denigra tanto y "se riñe por doquier", con gran orgullo y vanidad, "Jesús propone otro estilo: la mansedumbre": GE 71. Él es el rey que viene *en una borrica* (Mt 21,5; Zac 9,9). Jesús dice: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso* (Mt 11,29). Así, no estaremos tensos, cansados, agobiados, y podremos echar "una mano" a otros, pues la caridad perfecta es "soportar los defectos de los demás" y "no escandalizarse de sus debilidades", dice Teresa de Lisieux: GE 72. La mansedumbre es un don del Espíritu como dice san Pablo, y hay que corregir con "mansedumbre" pues *tú puedes ser tentado* (Gal 6,1), y debemos tratar a todos con amor. El manso puede *parecer* "tonto", pero es un pobre de Yahvé que confía todo a su Señor, y un día ellos *poseerán la tierra*, es decir, verán cumplidas en sus vidas las promesas de Dios. Y "Reaccionar con humilde mansedumbre, esto es santidad": GE 73-74.

– *Felices los que lloran, porque ellos serán consolados*. El mundo propone gozar de la buena vida, ocultar situaciones dolorosas y mirar a otra parte ante la enfermedad y el sufrimiento. Pero la persona auténtica mira de frente al "dolor y llora en su corazón" y "es capaz de tocar las profundidades de la vida y ser auténticamente feliz", porque "es consolada, pero con el consuelo de Jesús y no con el del mundo". Y alivia las angustias y heridas del prójimo porque vive con san Pablo: *Llorad con los que lloran* (Rm 12,15). Y "Saber llorar con los demás, esto es santidad": GE 75-76.

– *Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos quedarán saciados*. Dice el Papa que es fácil contagiarse de intereses mezquinos, "subirse al carro del vencedor" y a "las pandillas de la corrupción", u observar que unos pocos "se turnan para repartirse la tarta de la vida". Pero, el hambre y sed son "necesidades primarias" y urgentes, y hay muchos que, con la misma ansiedad y "anhelo tan fuerte", buscan el reino de Dios y su justicia. A estos "Jesús les dice que *serán saciados*": GE 77.

"Tal justicia empieza por hacerse realidad en la vida de cada uno siendo justo en las propias decisiones, y luego se expresa buscando la justicia para los pobres y débiles". Sí, 'justicia' es fidelidad a Dios. "Pero si le damos un sentido muy general olvidamos que se manifiesta sobre todo en la justicia con los desamparados: *Buscad la justicia, socorred al oprimido, proteged el derecho del huérfano, defended a la viuda* (Is 1, 17)". Y "Buscar la justicia con hambre y sed, esto es santidad": GE 79.

– *Felices los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.* La misericordia lleva a ayudar y a perdonar, y hacer por la gente lo que nos gustaría que hicieran por nosotros (Mt 7,12). Es la regla de oro, aplicable en todos los casos, especialmente ante el “juicio moral menos seguro”: GE 80. Dar y perdonar es acercarnos al *sed perfectos* de Dios y su misericordia dadivosa: *dad y se os dará*, y se nos medirá *con la medida que midiereis* (Mt 5,48; Lc 6,36-38): GE 81. Todos recibimos “compasión divina” y debemos “compasión” a los compañeros (Mt 18,33). Y “Mirar y actuar con misericordia, esto es santidad”: GE 82.

– *Felices los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.* El corazón es lo más profundo del hombre. El corazón limpio es sencillo, auténtico, y un don de Dios que *quiere darnos un corazón nuevo* (Ez 36,26): GE 83. “Lo que más hay que cuidar es el corazón” (Prov 4,23), pues el Hijo sabe *lo que hay dentro de cada hombre* (Jn 2,25): GE 84. Y si, entrego todo, pero *no tengo amor, no soy nada* (1Cor13,3). Del corazón nace lo bueno y lo malo: “En las intenciones del corazón se originan los deseos y las decisiones más profundas que realmente nos mueven”: GE 85. Si se ama a Dios y al prójimo, “entonces ese corazón es puro y puede ver a Dios”. Y “Mantener el corazón limpio de todo lo que mancha el amor, esto es santidad”: GE 86.

– *Felices los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.* Es fácil ser agentes de enfrentamientos y malentendidos, hoy en aumento, de habladurías destructivas que “no construyen la paz. Esa gente es más bien enemiga de la paz y de ningún modo bienaventurada”: GE 87. “Los pacíficos son fuente de paz, construyen paz y amistad social”. Los que hacen paz *serán llamados hijos de Dios*. Así que: *procuremos lo que favorece la paz* (Rm 14,19) “porque la unidad es superior al conflicto”: GE 88. Hay que buscar la paz para todos; no vale hacer “una minoría feliz” ni “disimular los conflictos” sino iniciar “un nuevo proceso”. Necesitamos artesanos de la paz pues construirla “es un arte que requiere serenidad, creatividad, sensibilidad y destreza”. Y “Sembrar la paz a nuestro alrededor, esto es santidad”: GE 89.

– *Felices los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.* El Señor nos dice que “este camino va a contracorriente”: hay que ver cuánta gente “ha sido perseguida sencillamente por haber luchado por las justicia, por haber vivido su compromiso con Dios y con los demás”: GE 90. Pero, no podemos quedarnos en un vida mediocre y cómoda, porque: *quien quiera salvar su vida la perderá* (Mt 16,25). Ni espe-

rar, tiempos mejores, para luchar, pues los intereses mundanos dificultan la solidaridad, el desarrollo humano y social. Las Bienaventuranzas son “algo mal visto, sospechado, ridiculizado”, pero esta es una cruz que debemos “soportar por el Evangelio, con simpatía del pueblo o con persecución de las autoridades y de los que ridiculizan nuestra fe”. Pues: “Aceptar cada día el camino del Evangelio aunque nos traiga problemas, esto es santidad”: GE 91-94.

Las *Bienaventuranzas* son *el gran protocolo* del juicio final. Esta es “la santidad que agrada a los ojos de Dios”, por la que seremos juzgados: “*Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme*” (Mt 25,35-36): GE 95. Así que la santidad consiste en reconocer a Cristo en “los pobres y sufrientes”, y “revela el mismo corazón de Cristo, sus sentimientos y opciones más profundas, con las cuales todo santo intenta configurarse”. El Señor nos pide aceptar, sin elucubraciones, este Cristo “porque la misericordia es ‘el corazón del Evangelio’”: GE 96-97. Se puede ver al pobre como “un delincuente ocioso, un estorbo en mi camino”, pero, en cristiano, es “un ser humano” con su dignidad” y “un hermano redimido por Jesucristo”: GE 98. Con todo, no basta con aliviar algunos sufrimientos, pues para los Obispos de Canadá: “el objetivo debía ser la restauración de sistemas sociales y económicos justos para que ya no pudiera haber exclusión”: GE 99.

Estas exigencias del Evangelio están íntimamente unidas al trato “personal con el Señor” como mostraron san Francisco de Asís, san Vicente de Paúl y muchos santos, pues el cristianismo no es “una especie de ONG”. También es erróneo tachar el “compromiso social” de “superficial, mundano, secularista, inmanentista, comunista, populista”: GE 100-101. Pues, toda vida es sagrada, también “la vida de los pobres”. Pero, no hay “ideal santidad que ignore la injusticia de este mundo” donde unos tienen de todo y la vida de otros “pasa y se acaba miserablemente”.

Esto ocurre también con los emigrantes, por eso, ya san Benito pidió acoger al huésped “como a Cristo”, aunque esto pudiera ‘complicar’ la vida de los monjes. Lo mismo nos dice el A. Testamento sobre los emigrantes y extranjeros (Ex 22,20; Lev 19,33-34). Así, se hará la luz en nuestra vida, *al partir el pan con el hambriento y no desentenderte de los tuyos* (Is 58,7-8): GE 102-103. Pues, la oración y el culto son preciosos, si alimentan la “entrega cotidiana de amor” y “generosidad”, y si “dejamos que el don de Dios que recibimos en él se manifieste en la entrega a los hermanos”. Esa ora-

ción debe llenarnos de misericordia, pues: “Ella ‘es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia’”, “la plenitud de la justicia” y la “llave del cielo”. Para santo Tomás, las obras, “que mejor manifiestan nuestro amor a Dios” y más glorifican al Dios Santo son las de misericordia: GE 104-106.

Santa Teresa de Calcuta piensa que Dios, a pesar de nuestros pecados, nos quiere “para ser su amor y su compasión en el mundo”: GE 107. El consumismo hedonista nos centra con exceso en nosotros mismos, en nuestro tiempo libre y las cosas, para “tenerlo todo y probarlo todo”, y un saberlo todo que “nos aleja de la carne sufriente de los hermanos”. Pero, el Evangelio nos llama a “una vida diferente, más sana y más feliz”. El ejemplo de los santos, las Bienaventuranzas y el protocolo del juicio final nos animan a vivir el Evangelio en la vida cotidiana. Por eso, debemos meditar “estos grandes textos bíblicos, recordarlos, orar con ellos, intentar hacerlos carne. Nos harán bien, nos harán genuinamente felices”: GE 108-109.

#### **IV. Algunas notas de la santidad en el mundo actual**

##### ***4.1. Confianza, paciencia y mansedumbre***

No va insistir aquí el Papa, en la oración y los sacramentos, sino en “cinco grandes manifestaciones del amor a Dios y al prójimo” especialmente importantes en “la cultura de hoy”, dada su “ansiedad nerviosa y violenta”, su negatividad triste, su “acedia cómoda, consumista y egoísta”, “el individualismo, y tantas formas de falsa espiritualidad, sin encuentro con Dios, que reinan en el mercado religioso hoy”. La primera nota es “estar centrado, firme en Dios que ama y sostiene”. Sólo así, es posible “soportar las contrariedades, los vaivenes de la vida” con paz, “solidez interior” y santidad. Pues: *Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?* (Rm 8,31). “Quien se apoya en Dios (*pistis*), puede ser fiel a los hermanos (*pistós*)” (GE 112), leal con ellos y vencer *el mal con el bien* (Rm 12,21), y desterrar *la amargura, la ira, los enfados e insultos y toda maldad* (Ef 4,31): GE 113.

Para esto hay que luchar con “nuestras propias inclinaciones agresivas y egocéntricas”, y, si ya no podemos más, recurrir a la oración y la acción de gracias: *Y la paz de Dios, que supera todo juicio, custodiará vuestros corazones* (Flp 4,6-7): GE 114. También hay que superar la violencia verbal de internet y no “naturalizar la difamación y la calumnia” ni descargar “los deseos de venganza” o la lengua con “violencia verbal” y una maldad que “en-

cendida por el mismo infierno, hace arder todo el ciclo de la vida”, al ser “duro con los demás”. Ya dice san Juan de la Cruz: hay que gozarse “del bien de los otros como de ti mismo, y queriendo que los pongan a ellos delante de ti en todas las cosas, y esto con verdadero corazón”, sobre todo “con los que menos te caen en gracia. Y, sabe que, si no ejercitas esto, no llegarás a la verdadera caridad ni aprovecharás en ella”: GE 115-117.

Porque, la humildad solamente arraiga “a través de las humillaciones. Sin ellas no hay humildad ni santidad”. Eso hizo Cristo “dejándonos un ejemplo para que sigáis sus huellas” (1Pe 2,21). Y, esa misma humildad muestra Dios Padre al soportar las *infidelidades* y *murmuraciones* de su pueblo (Ex 34,6-9; Sab 11,23-12,2; Lc 6,36). Y, eso hicieron los Apóstoles cuando *salieron del Sanedrín dichosos de haber sido considerados dignos de padecer por el nombre de Jesús* (Hch 5, 41). No se trata del martirio sino de hablar mejor de los otros que de sí mismo, elegir tareas humildes, sufrir *por hacer el bien* (1Pe 2,20), y “defender a los débiles ante los poderosos”. Esa humillación no es masoquismo sino “un camino para imitar a Jesús y crecer con él”: GE 118-120.

Esta actitud supone “un corazón pacificado por Cristo, liberado de esa agresividad que brota de un yo demasiado grande”: GE 121. Así, estaremos firmes en el Señor, nuestra Roca. Porque: “En definitiva, Cristo *es nuestra paz* (Ef 2,14), en su “misericordia divina”, si no buscamos “la seguridad interior en los éxitos, en los placeres vacíos, en las posesiones, en el dominio ajeno o en la imagen social”, que es la paz *como la da el mundo*.

#### **4.2. Alegría y sentido del humor**

El espíritu cristiano no es apocado ni tristón ni “sin energía”, pues: “Ser cristianos es *gozo en el Espíritu Santo* (Rm 14,17)”. Y, la caridad lleva al gozo. Como dice san Pablo: *Alegraos siempre en el Señor, os lo repito, alegraos* (Flp 4,4). Ya los profetas anunciaron la alegría a Jerusalén, por la venida del Mesías, *tu rey, justo y triunfador* (Zac 9,9). Y, Nehemías: *No os pongáis tristes, pues el gozo del Señor es vuestra fortaleza* (8,10): GE 122-123. María “se alegra”, en el Señor, y Jesús dice: *vuestra tristeza se convertirá en gozo, para que mi alegría esté en vosotros, y llegue a plenitud* (Jn 16,20; 15,11).

En la vida, hay momentos duros y de cruz, pero nada puede destruir la alegría de la esperanza “de ser infinitamente amado”. Esta alegría cristiana se acompaña del “sentido del humor” tan destacado en sto. Tomás

Moro, san Vicente de Paúl o san Felipe Neri, pues el creyente siente que todo en la vida es regalo de Dios y “todo es gracia”. Nuestro Padre Dios nos invita a cuidarnos y no privarnos “de pasar un día feliz” (Si 14,14). Él nos enseña a ser felices con poco como san Pablo o san Francisco de Asís. No es el egoísmo individualista consumista, que empacha el corazón de sí mismo, sino de una alegría que “se comparte y reparte porque *hay más dicha en dar que en recibir* (Hch 20,35) y *Dios ama al que da con alegría* (2Cor 9,7)”, y pide *Alegraos con los que están alegres* (Rm 12,15): GE 128.

### 4.3. Audacia y fervor

La santidad también es audacia. El Señor nos dice: *No tengáis miedo* (Mc 6,50), pues *Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin de los tiempos* (Mt 28,20). Estas palabras nos incitan a un sano coraje, “al fervor apostólico”, a vivir una vida muy libre, abierta a Dios y a los demás, y “hablar con libertad”: GE 129. “El beato Pablo VI veía un gran obstáculo a la evangelización”: “La falta de fervor, tanto más grave cuanto que viene de dentro”. Es fácil la comodidad, pero “hay que navegar mar adentro y arrojar las redes en aguas profundas” (Lc 5,4). Con Él, su amor lleva a servir a los otros, a ser como Él, compasivos y misericordiosos, con la misión de “sanar” y “liberar”. Esta audacia, *parresía*, testimonia la autenticidad del Espíritu, la seguridad feliz en el Evangelio y la fidelidad “del Testigo fiel, que nos da la seguridad de que nada *podrá separarnos del amor de Dios* (Rm 8,39)”: GE 130-132. Necesitamos este impulso del Espíritu y no quedar paralizados por miedo, el cálculo de seguridad o encerrarnos en nosotros mismos, algo muy humano. Pero, con la oración y la venida del Espíritu, los Apóstoles se llenaron de su amor y *predicaban con valentía la palabra de Dios* (Hch 4,31): GE 133.

En Jonás hay la tentación de huir a lugar seguro e instalarse encerrado en nuestros “pequeños mundos” de pesimismo, dogmatismos, nostalgias vacías y campos ya conocidos, pero las dificultades o falsas facilidades, “pueden tener la función de hacernos volver a ese Dios que es ternura y que quiere llevarnos a una itinerancia constante y renovadora”. “Dios siempre es novedad” y nos empuja a las “periferias y las fronteras” de la humanidad herida. Él nos quita el miedo conformista y acerca al “hermano, en su carne herida, en su vida oprimida, en su alma oscurecida. Él ya está allí”: GE 135.

Hay que abrir las puertas a Cristo, pero si nos encerramos, en nuestra “auto-referencialidad”, Él grita que le dejemos salir a predicar “la Buena

Noticia del reino de Dios” y a cooperar a su venida (Lc 8,1). A veces, es la costumbre la que nos encierra en nuestra modorra y nos impide “liberarnos de la inercia”, pero hay que abrir el corazón al que sufre y al “grito de la Palabra viva y eficaz del Resucitado”: GE 136-137. Nos debe movilizar el ejemplo de tantos creyentes que sirven con fidelidad, arriesgando su vida y su comodidad, para no ser funcionarios sino unos “misioneros apasionados, devorados por el entusiasmo de comunicar la verdadera vida. Los santos sorprenden, desinstalan, porque sus vidas nos invitan a salir de la mediocridad tranquila y anestesiada”. Pidamos al Señor “el valor apostólico de comunicar el Evangelio” y no hacer “de nuestra vida cristiana un museo de recuerdos”. Y, que el Espíritu nos anime a ver la historia “en la clave de Jesús resucitado”, sin estancarnos, para que podamos “seguir adelante acogiendo las sorpresas del Señor”: GE 138-139.

#### **4.4. En comunidad**

Es difícil luchar contra el egoísmo y las tentaciones “si estamos aislados”, “demasiados solos, fácilmente perdemos el sentido de la realidad, la claridad interior y sucumbimos”: GE 140. La santidad es “un camino comunitario”. Muchos se han santificado en grupo y canonizados en comunidad tanto en el cristianismo antiguo como en el actual. También ha sido así en los matrimonios santos. San Juan de la Cruz decía: “estás viviendo con otros ‘para que te labren y ejerciten’”: GE 141. La comunidad debe crear ese “espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado”. La Eucaristía y la Palabra nos santifican y hacen misioneros, y dan aquella experiencia mística de Dios que vemos en los santos como san Agustín y santa Mónica: “abrimos la boca de nuestro corazón, ávidos de las corrientes de tu fuente, la fuente de vida que hay en ti” y “llegamos a tocarla un poco con todo el ímpetu de nuestro corazón... de modo que fuese la vida sempiterna cual fue este momento de intuición por el cual suspiramos (Conf. IX 10,23ss)”: GE 142.

Pero la vida comunitaria se hace de *pequeños detalles* como en la Sagrada Familia, reflejo de la comunión Trinitaria y en la comunidad Apostólica. El pequeño detalle de que “se estaba acabando el vino” o que “faltaba una oveja”, “de la viuda que ofreció sus dos moneditas”, de tener aceite de repuesto “por si el novio se demora”, el ver “cuántos panes tenían”, el de tener un fuego preparado y “pescado en la parrilla mientras esperaba a los discípulos de madrugada”: GE 143-144. Esos pequeños detalles

de amor pueden dar, al que sufre, una gran felicidad. Y, esa santidad, frente al “individualismo consumista”, es lo que pide Jesús: *Que todos sean uno, como tú Padre en mí y yo en ti* (Jn 17,21): GE 145-146.

#### **4.5. En oración constante**

En fin, la santidad es una “*apertura habitual a la transcendencia*, que se expresa en la oración y en la adoración”. El santo “necesita comunicarse con Dios”, más allá de “la inmanencia cerrada de este mundo”. No hay “santidad sin oración”. San Juan de la Cruz aconsejaba “andar siempre en la presencia de Dios” y en todo lo que uno haga: “siempre ande deseando a Dios y apegando a él su corazón”: GE 148. Para esto, se necesitan momentos de soledad con Dios, pues, según santa Teresa: “la oración es ‘tratar de amistad estando muchas veces a solas con quien sabemos nos ama’”. Se necesita tiempo de adoración, “oración confiada” y escuchar la voz” del Señor que resuena en el silencio”: GE 149.

En este silencio es posible discernir “los caminos de santidad que el Señor nos propone”. En otro caso, podemos ahogar el Espíritu, con oropelos piadosos, porque: “Si no escuchamos, todas nuestras palabras serán únicamente ruidos que no sirven para nada”: GE 150. También hay que contemplar el rostro de Cristo, “muerto y resucitado”, que rehace nuestra humanidad rota y marcada por el pecado y las fatigas de la vida, dejarse inflamar por Él para propagar su fuego a los demás. Pero, si no se logra dejarse “sanar y transformar”, entonces “entra en sus llagas, porque allí tiene su sede la misericordia divina”: GE 151.

El “silencio orante” no niega el mundo exterior. Así, el peregrino ruso veía a la gente como “mi propia familia” y, la felicidad no solo iluminará “el interior de mi alma sino que el mundo exterior me aparecía bajo un aspecto maravilloso”. Así, la oración es “memoria de las acciones de Dios” en la historia y “alianza entre Dios y su pueblo”. Por eso dice san Ignacio en “Contemplación para alcanzar el amor”: recordemos sus beneficios y su misericordia. Y, cada uno verá que: “El Señor te tiene en su memoria y nunca te olvida” e ilumina “los pequeños detalles de tu vida”: GE 152-153. También hemos de amar la oración de petición que “nos serena el corazón y nos ayuda a seguir luchando con esperanza”. La oración de intercesión es confianza en Dios, amor al prójimo y compromiso fraterno con “sus angustias más perturbadoras y sus mejores sueños”. De quien así ora, bien puede decirse: *Este es el que ama a sus hermanos, el que ora mucho por el pueblo*

(2M 15,14). Así, al Dios en quien creemos: le adoramos, cantamos, confiamos en Él y le miramos con ternura, sintiendo “la cercanía de Dios. El amor se detiene, contempla el misterio, lo disfruta en silencio”: GE 154-5.

La lectura orante de la Palabra *más dulce que la miel* (Sal 119,103) y *espada de doble filo* (Heb 4,12) “nos permite detenernos a escuchar al Maestro para que sea *lámpara para nuestros pasos, luz en nuestro camino* (Sal 109,105)”. Pues “la devoción a la Palabra”, dicen los Obispos de la India: “Pertenece al corazón y a la identidad misma de la vida cristiana. La Palabra tiene en sí el poder para transformar las vidas”: GE 156. Esa Palabra nos lleva a la Eucaristía, “la Palabra viva”, donde adoramos al “único Absoluto”, y, en “la comunión, renovamos nuestra alianza con él y le permitimos que realice más y más su obra transformadora”: GE 157.

## **V. Combate, vigilancia y discernimiento**

### ***5.1. Algo más que un mito y su combate***

La vida cristiana es “un combate permanente”, contra “las tentaciones del diablo, para anunciar el Evangelio. Esa lucha es muy bella, porque nos permite celebrar cada vez que el Señor vence en nuestra vida”. No es una lucha contra el mundo y sus engaños o contra nuestra propia fragilidad y malas inclinaciones. “Es también una lucha constante contra el diablo, que es el príncipe del mal. Jesús mismo festeja nuestras victorias” (Lc 10,18). No aceptamos que existe el diablo, si vemos todo solo con criterios como científicos y psicológicos. Su presencia está ya en el paraíso y también en el “Padrenuestro” para que Dios “nos libere del Malo” y “su poder no nos domine”. No se trata de “un mito”, pues: él “nos envenena con el odio, la tristeza, la envidia y los vicios” y destruye “nuestra vida, nuestras familias y comunidades, porque como león rugiente, ronda buscando a quien devorar (1Pe 5,8)”: GE 158-161.

### ***5.2. Despiertos y confiados***

“La Palabra de Dios nos invita claramente a ‘afrentar las asechanzas del diablo’” (Ef 6,11). Así que la santidad es “una lucha constante” frente a la mediocridad, los bienes engañosos y envenenados. Para eso, tenemos la oración, la meditación, la Eucaristía y su adoración, la confesión y “las obras de caridad, la vida comunitaria y el empeño misionero”. La “madu-

ración espiritual y el crecimiento del amor” son “el mejor contrapeso ante el mal”. No podemos quedar parados ni darnos por derrotados, pues la cruz es “bandera de victoria, que se lleva con una ternura combativa ante los embates del mal”: GE 162-163.

### **5.3. La corrupción espiritual**

La santidad “es fuente de paz y gozo que nos regala el Espíritu” pero a la vez exige: *Estar en vela* (Mt 24,42; Mc 13,35), *con las lámparas encendidas* (Lc 12,35), y que: *No nos entreguemos al sueño* (1Tes 5,6). No basta con no cometer “faltas graves” y vivir como adormecidos pues la tibieza, se apodera de la “vida espiritual” que termina “desgastándose y corrompiéndose”, y lleva a “una ceguera espiritual cómoda y autosuficiente” que “santifica”: “el engaño, la calumnia, el egoísmo” y la “auto-referencialidad”, de modo que, cuando la persona parece “liberada del demonio”, termina poseída por *otros siete espíritus malignos* (Lc 11,24-26). No olvidemos cómo terminó el sabio Salomón que cayó en lo peor: la idolatría: GE 164-165.

### **5.4. El discernimiento**

Por el discernimiento podemos saber si algo viene del Espíritu, del mundo o del diablo. Es un don del Espíritu Santo. Hemos de pedirlo y “desarrollarlo con la oración, la reflexión, la lectura y el buen consejo”. Hoy es una *necesidad imperiosa* porque “la vida actual nos ofrece enormes posibilidades, de acción y de distracción”, “como si fueran todas válidas y buenas”. Los “escenarios virtuales” son hoy casi infinitos, y, sin “la sabiduría del discernimiento, podemos convertirnos fácilmente en marionetas a merced de las tendencias del momento”: GE 166-167. Este discernimiento es especialmente importante “cuando aparece una novedad en la propia vida” y hay que saber si se trata de “vino nuevo que viene de Dios o es una novedad engañosa que viene del espíritu del mundo o del diablo”. Otras veces el engaño es al “optar por el inmovilismo o la rigidez. Entonces impedimos que actúe el Espíritu”, que nos hace “libres, con la libertad de Cristo”, y “nos llama a examinar lo que hay dentro de nosotros” y los “signos de los tiempos” y “reconocer los caminos de la libertad plena: *Examinadlo todo y quedaos con lo bueno* (1Ts 5,21)”: GE 168.

#### 5.4.1. *Siempre a la luz del Señor*

El discernimiento nos ayuda a “seguir mejor al Señor” no solo ante “los problemas graves” o “momentos extraordinarios”, sino para “reconocer los tiempos de Dios y su gracia” y “su invitación a crecer” que su “juega en lo pequeño”, “porque la magnanimidad se muestra en lo simple y cotidiano”. Se trata de aspirar a lo mejor y más bello desde lo pequeño y “la entrega del hoy”. Por eso, es necesario “hacer cada día, en diálogo con el Señor que nos ama, un sincero ‘examen de conciencia’” y poner “los medios concretos que el Señor predispone, en su misterioso plan de amor, para no quedarnos sólo en las buenas intenciones”: GE 169.

#### 5.4.2. *Un don sobrenatural*

Con todo, el discernimiento espiritual no excluye los medios humanos ni las normas de la Iglesia que suponen la gracia y la prudencia para “entrevéer el misterio del proyecto único e irrepetible, que Dios tiene para cada uno”, en muy diversos “contextos y límites”. No se trata de tener la “conciencia tranquila” ni del mero “bienestar temporal” ni del deseo de “hacer algo útil” sino del “sentido de mi vida ante el Padre que me conoce y me ama, el verdadero para qué de mi existencia que nadie conoce mejor que Él”, y, así, conocerlo mejor a Él, y a su enviado Jesucristo, que “se manifiesta con gusto a los humildes (Mt 11,25)”: GE 170. Dios nos habla siempre pero necesitamos “del silencio de la oración”, seguir sus “inspiraciones”, “calmar las ansiedades y recomponer el conjunto de la propia vida a la luz de Dios” y hacer la “nueva síntesis que brota de la vida iluminada por el Espíritu”: GE 171.

#### 5.4.3. *Habla, Señor*

Para eso hay que escuchar: “al Señor, a los demás, a la realidad misma” para tener la libertad de renunciar “al propio punto de vista”, “a sus costumbres, a sus esquemas”, para dejar “sus seguridades” por “una vida mejor” que nuestras tranquilidades, pues: “Dios puede estar ofreciendo algo más y en nuestra distracción cómoda no lo reconocemos”. Esta actitud es “obediencia al Evangelio” y al “tesoro de la Iglesia”, sin “aplicar recetas o repetir el pasado”, pues solo el Espíritu ilumina la oscuridad “para que emerja con otra luz la novedad del Evangelio”. Y, así, nos unimos a la paciencia de Dios que no “permite a los celosos *arrancar la cizaña* que crece con el trigo”: GE 172-4.

### 5.4.3. *La lógica del don y de la cruz*

No discernimos para ver “qué más le podemos sacar a esta vida” sino para “darlo todo”, por Dios y la misión, y la cruz. “Si uno asume esta dinámica, entonces no deja anestesiar su conciencia y se abre generosamente al discernimiento”. Además, todos los espacios de la vida deben ser examinados sin excluir ninguno por miedo. Hay que pedir al Espíritu que nos libre del miedo, porque Él no viene “para mutilar o debilitar sino a dar plenitud”. Pues, “el discernimiento no es un autoanálisis ensimismado, una introspección egoísta, sino una verdadera salida de nosotros mismos hacia el misterio de Dios, que nos ayuda a vivir la misión a la cual nos ha llamado para el bien de los hermanos”: GE 174-5.

### 5.5. *Con María*

El Papa quiere que “María corone estas reflexiones, porque ella vivió como nadie las bienaventuranzas de Jesús”. Ella es “la santa entre los santos” que nos enseña “el camino de la santidad y nos acompaña”, y, con el gozo de “la presencia de Dios”, “conservaba todo en su corazón, y “se dejó atravesar por la espada”. Ella nos levanta cuando caemos, “nos consuela, nos libera y nos santifica”, sin muchas palabras, pues basta musitar: “Dios te salve, María...”: GE 176. En fin, el Papa espera que este documento sea útil para que “toda la Iglesia se dedique a promover el deseo de la santidad”. Pidamos que el “Espíritu Santo infunda en nosotros un intenso anhelo de ser santos para mayor gloria de Dios y alentémonos unos a otros en este intento. Así compartiremos una felicidad que el mundo no nos podrá quitar”: GE 177.